



Ensayo

# AL BORDE DEL ENCIERRO: PESTE Y VIOLENCIA EN CO- LOMBIA

Bryan Andrés Mosquera  
Universidad de Antioquia

Una bitácora que les funcionó a ciertos narradores de la violencia colombiana fue la empleada por García Márquez. Cansado de sacudir las novelas sobre la Violencia política de mitad de siglo, de cuyas páginas caían tripas, cortes de franela, sexos triturados y un sinfín de crueldades, quien fuera el Nóbel colombiano propuso todo lo contrario: narrar el que suda frío debajo de la mesa pensando que, si se agita más, será delatado por los latidos de su corazón. Y para efectos de la narración, acude a las enseñanzas de una novela que por aquel entonces era horizonte literario: *La peste*, de Albert Camus. No contento con las novelas sobre la Violencia bipartidista, García Márquez sugiere en 1959 que el drama de Orán es la perfecta prueba de que se puede narrar sin acudir al tremendismo de la masacre. Camus no vivió la ciudad sitiada por la peste, pero sí sudó hielo ante la ocupación de los nazis; decidió apestar una ciudad imaginada (Orán) ante el avance real de la violencia en París. Invirtamos, entonces, la propuesta: hablemos de la violencia con términos pestíferos. Apestemos con violencia a Bogotá.

Muchos años después de los consejos de García Márquez, los escritores se dieron a la tarea de narrar distinto el largo etcétera de violencias que tiene Colombia. Nació la tradición novelística que sugería Gabo. Mascaron los mitos, releyeron hasta el fondo, quemaron pestañas ante la máquina de escribir como debe ser. Y nacieron, entonces, las novelas que permiten entrever un tratamiento diferencial de la violencia, menos morbosos, más profundos. Entre ellas, *La invención del pasado* (2016), de Miguel Torres, puede ser leída con los ojos de la peste. Torres apesta sus territorios imaginados, los hace partícipe del drama de los que quedan, lo pone en cuarentena ante el despliegue de la violencia. La obra de Miguel Torres, desde luego, comparte esa tradición, y no está de más intentar leerla con binoculares que detecten síntomas de la peste: miseria, encierro, relaciones de poder radicalizadas.

Pero ni el Nóbel francés ni el Nóbel colombiano fueron los únicos en notar las bondades metafóricas de la peste. También Foucault, en *Vigilar y Castigar*, anotó que “la ciudad apestada ofrecía un modelo disciplinario excepcional”<sup>1</sup>, modelo que el arqueólogo de la biopolítica usa para iniciar sus planteamientos sobre la disciplina, el encauzamiento, la normalización que dialoga regularización: el Panóptico sin más. En esa misma línea, pero sin ser tan explícito, el filósofo italiano Giorgio Agamben propone los campos de concentración como una expresión de la modernidad, en cuyo encierro se ve la delgada línea entre el hecho y el derecho; el estado de excepción con que

actúa el poder político ante cualquier eventualidad o fin, como el miedo al enemigo o la peste, que bien mirado resultan ser lo mismo. Bajo estos dos pensadores analizaré los territorios apestados de la novela de Miguel Torres, en cuyas calles no transitan ratas que provocan ganglios insufribles, pero sí bípedas ratas que contaminan con violencia, encierran a los ciudadanos, los hacen vivir en un estado de alarma constante, excusando al poder político de cualquier tratamiento, de decidir sobre las vidas sin reparo alguno.

## Memorias de una Bogotá apestada: el biopoder dobla la esquina

En la novela de Miguel Torres, los Barbusse, una familia a la que nunca termina de pasarle el Bogotazo, viven los estragos que provoca el Estado de Sitio en La Candelaria, localidad céntrica de Bogotá. Si bien los hechos suceden mucho después de que la turba llevara a Roa hasta la puerta presidencial, Ana Barbusse, Henry Barbusse y Martina de Barbusse sufren el largo aliento de una ciudad sitiada por el peligro de que vuelvan a ocurrir los hechos que terminaron de rebosar la violencia política de Colombia. El nueveabrilero los unió, y así mismo, los pone en peligro.

La forma en que opera el Estado de sitio parece valerse, entre otras cosas, de lo que Foucault llama una economía del poder. Este régimen de excepción, que debe ser impuesto por el poder ejecutivo, desbordó en lo que Marco Palacios llama un autoritarismo casi permanente, un arma jurídica para neutralizar presencias indeseables en la vida pública. Foucault dice que la disciplina, esa anatomía política del detalle, sirve para que las invenciones técnicas puedan operar sin necesidad de andar reajustando. Me explico. Distribuir el espacio de tal forma que las

1 Michel Foucault, *Vigilar y Castigar* (Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2002), 191.

personas puedan ser localizadas, permite que el poder opere de forma económica, sin procedimientos dispendiosos, desgastantes. El hecho de aislarlos y aplicar una suerte de cuarentena ayuda, por lo demás, a que los militares y los servicios secretos puedan ubicar con mayor fortuna a los panfletarios de izquierda: a los Barbusse.

Ante el patrullaje excesivo de las calles, los Barbusse recurren a vínculos de solidaridad. Y ahí empiezan los problemas. Los vecinos, cuando no ayudan, delatan a sus iguales. Parecen ser los mismos vecinos que menciona Foucault cuando habla de las medidas que se adoptan en el siglo XVIII ante el avance de la peste. El síndico, quien no puede pasar a revisar todas las casas, se apoya en los vecinos, con el amparo del bien común. Ellos le cuentan si en tal casa hay un muerto, o si ocultan a un enfermo. Esto es, como no, economizar el tiempo. Así mismo pasa en la casa de los Barbusse: poco a poco van sacando a los vecinos, hasta que por fin llegan a la casa donde reposa el edénico jardín de Ana Barbusse, y pronto descubren que los vecinos los delataron. Vemos, entonces, lo oficioso de disciplinar el espacio y, sobre todo, las personas.

A la peste se le responde con orden. Esta semántica conflictiva requiere un campo de batalla en el que, por momentos, se radicaliza el amigo/enemigo que propone Schimdt. La peste, según Foucault, prescribe a cada cual su lugar, a cada cual su cuerpo. No bien empiezan los abusos de fuerza en La Candelaria, se duplican los pasquines, los folletos en las calles que claman justicia ante la represión. Y esto provoca, tal y como en la peste del siglo XVIII, la radicalización del orden y de los roles establecidos. Surgen de sus cloacas los agentes secretos, de cuyos rostros no hay ni una fotografía, tan solo se sabe cómo operan. De hecho, del asesinato de los padres de Martina de Barbusse solo existe un arbitrario retrato hablado, y del agente secreto que la secuestra no importa tanto su rostro, como las torturas con que la hace sufrir al final de la novela. Esta cualidad evanescente, de ver sin ser visto, parece, de lejos, que funciona de forma automática, es visible e inverificable: un panóptico. En la novela no se sabe qué tan cerca están el ejército o los agentes secretos, y aun así se esconden en los linotipos los carteles revolucionarios. La disciplina, en la biopolítica, se aplica de forma automática. Me secunda Foucault: “inducir al individuo en un estado consciente y permanente de

visibilidad que garantiza el funcionamiento automático del poder”<sup>2</sup>.

Cuando no basta apestar la ciudad, cuando los pasquines empiezan a abundar y los reportajes siguen incomodando al poder, surge otra técnica, un apéndice de la apestación: se apestan a las personas. Tal es el caso de los periodistas, poetas, estudiantes y pintores que se esconden en la casa tutelar de los Barbusse; el poder político los volvió leprosos, indeseables, cuya desviación debe atacarse con una táctica individualizadora, una corrección más fuerte y directa. “Tratar a los leprosos como apestados (...) individualizar a los excluidos”<sup>3</sup>. En la Candelaria de los Barbusse, apestan a los comunistas, educadores, y hasta al hombre que vende aguacates por tener contacto con los indeseables. De ahí nace la justificación de emplear un dispositivo más eficaz: la desaparición, cuando no la muerte directa. Es por la defensa de la vida pública. Los convierten, sin más, en un peligro biológico. Ya lo dijo Plazas Vega: *defender la democracia, maestro*.

La soberbia de los militares que retienen a Martina de Barbusse deja entrever la ciudad perfectamente gobernada. El engaño a que la someten al tratarle a buen término su embarazo, cuando lo que querían era robarle el bebé, da muestra de forma explícita el poder soberano de quien vive y quien muere. “La ciudad apestada –dice Foucault– toda ella atravesada de jerarquía, vigilancia, inspección (...) es la utopía de la ciudad perfectamente gobernada”<sup>4</sup>. La politización extrema de la vida, bajo la excusa racional del miedo a la peste, da lugar a los abusos, al exterminio del contrario, bien sea de la raza contraria, para el caso de Foucault, o de los grupos sociales o militantes distintos. Por suerte, ya no digamos por fortuna, existen los sobrevivientes. Y con ellos, el libro que dejan después de sudar frío.

2 Foucault, *Vigilar y Castigar*, 185.

3 Foucault, *Vigilar y Castigar*, 184.

4 Foucault, *Vigilar y Castigar*, 183.

## El permanente Estado de excepción bogotano: entre el hecho y el derecho

Poco a poco, a la casa de los Barbusen, van llegando refugiados. Se instalan en los cuartos, se les prepara el desayuno, se les hace ver que toca colaborar con los oficios, la renta y, sobre todo, con no ser vistos. Truenan las hélices del helicóptero y la casa, desde arriba, no es más que un recinto repleto de cerezos, magnolias, urapanes. Pero abajo, escondidos en el aljibe, entre las tablas de la cama y el piso, se encuentran los amparados por la familia Barbusse. Los que buscan no desaparecer.

A pesar del constante alarmismo, ninguno deja de hacer lo que cree correcto. Siguen escribiendo, pintando, algunos más aventurados alistan maletas para irse al monte, porque no hay de otra. El correlato, sin embargo, es que el poder central, como dice Agamben, atiza más su fuerza. Cuando nos habla de la extrema politización de la vida, ese río caudaloso, pero que opera en silencio, quiere llamar la atención en que no solo los sistemas totalitarios dan buen uso a la biopolítica. En los democráticos, desde luego, también.

La biopolítica es una política totalitaria que no depende de las narices fisgonas del totalitarismo. Está por encima de las formas de gobierno modernas y los modelos societales; es la implicación de la vida del hombre en los mecanismos y cálculos del poder. La vida, dice Agamben, pasa a ser lo que realmente ocupa el centro de la política. Y con ella, claro, la muerte. Cuando funciona la biopolítica, hay una neutralización de las diferencia, se politiza todo y, así mismo, hay una contigüidad entre totalitarismo y democracia, sin importar que haya voto o gobernante eterno. Si los refugiados de la casa Barbusse hubieran escuchado o acaso leído a Agamben, de seguro no empacarían sus sueños, pero sí andarían con cierto desaire. Tanto más se ganen espacios, libertades y derechos, les diría el filósofo, cuanto más preparan, simultáneamente, su inscripción en el orden estatal, y ofrecen más espacio al soberano del que querían liberarse. Este acertijo sin respuesta, este sistema que nos supera, seguro los Barbusse y sus refugiados lo leyeron en Kafka, y ahí todos se sintieron como un Josef K. perseguido por una culpa que no tiene vuelta de hoja.

El refugiado aparece en la escena como un sujeto libre de derechos. Sí, así: son tan solo humanos, ya sin investidura política. Alguien que debe



escondese en su propio país, señala H. Arendt, pone en jaque el concepto de derechos del hombre, y con ello, el de ciudadano. Al ser solo humanos, al ser una vida, resulta vulnerable para la biopolítica. Es despolitizarlo y, de paso, justificar su peligro para la nación. La separación entre lo humanitario y lo político. De hecho, el ciudadano es portador inmediato de la soberanía, de manera que así, tal y como en la figura del Leviatán, hace parte del cuerpo político total. Al quitarle este derecho, no es más que un enemigo, un excluido. Deja de merecer.

Cuando viven en la casa de los Barbusse, el descontento de los refugiados les impide seguir su vida en el estado de excepción que se encuentran. Algunos deciden volver a sus casas, otros, menos osados, buscan un nuevo refugio. Esta insuficiencia es el sentimiento de pertenencia, de seguridad que emana de la nación, así te quiera eliminar. Para Agamben, la ciudadanía se sustenta en el nacimiento del territorio determinado y el nacimiento de padres ciudadanos: una clara determinación biológica. El totalitarismo, por ejemplo, juega con esto; el judío es indeseable por su carácter errante. En *La candelaria* de los Barbusse, sin embargo, los refugiados crecieron y nacieron y más que errantes, son perseguidos. Por eso están en la cuerda floja, creen pertenecer por la prescripción de sus cédulas, y de la familia que los espera, pero en la biopolítica no sirven los documentos. Ocultarse en su propia ciudad, rompe la condición de ciudadano, sus derechos atávicos, y quiebra el orden del Estado-nación: genera, podría decirse, la búsqueda de salir del soberano, la inquietud de cuestionar la soberanía moderna. Pero el peligro no termina con la sola rebeldía: estar por fuera del Estado nación significa, y la historia secundaria, quedar en el umbral de la vida, casi en la muerte. Esta escisión hace que, tarde o temprano, el refugiado pase a ser un desaparecido. Dicha desaparición solo es posible en estados de excepción, estados que, como dice Agamben, superan el totalitarismo y el tiempo. Llega a nuestros días y a los de la familia Barbusse.

La gran novela colombiana, *La Vorágine*, marca las sendas de aquel triste arquetipo: el desaparecido. Desde que la selva se tragó a Arturo Cova, o desde el padre buscando a su hijo por las caucheras, *La vorágine* empieza a retratar a los que faltan. La búsqueda, claro, es el impulso del relato; los que quedan deben emprenderla, así suden frío. Henry Barbusse, pintor, paisano de Edipo, y esposo de Martina, ve poco a poco la desaparición de sus amigos y

su jefe hasta que, a cuenta gotas, ve que su amada y embarazada esposa no llega a casa. La desaparición entra a la intimidad de la familia. El estado de sitio se empieza a parecer mucho al estado de excepción que nombra Agamben, y gracias a esto, se puede analizar la separación entre hecho y derecho, entre lo conveniente y lo legal. Poner bajo custodia, dice Agamben, a determinados individuos, con independencia de algún contenido penal, se hace con el fin de proteger al Estado. Martina de Barbusse es recluida, sin el debido proceso, en una mazmorra cuya ubicación nadie conoce. Allí empieza a sufrir su campo de concentración. Desaparece. Se suspenden sus derechos. Es una vida más.

Los campos de concentración operan con una norma que cabalga encima de la excepción. Van juntas, en ellas descansa el aparato jurídico que los cobija. De manera que cualquier pregunta sobre la legalidad o la ilegalidad queda sin sustento, carece de sentido, por eso mismo: es un híbrido entre derecho y de hecho. Todo es posible en ellos, dice Hanna Arendt. Aquellos que son recluidos en estos lugares, según Agamben, quedan desnacionalizados por completo. Y ahí vienen las torturas. Martina es dirigida, durante su cautiverio y sin considerar su embarazo, a un cuarto

de tortura; le dan de comer lo suficiente para que no se desgonce, porque el objetivo es extenderle la vida; ellos son dueños de su vida, dicen cuando debe terminar. La política, refuerza Agamben, es ahora literalmente la decisión sobre lo impolítico (es decir, sobre la nuda vida).

Mientras, Henry emprende su búsqueda. Agota todos los conductos legales, sin saber que estos no funcionan; la condición de su esposa supera la burocracia, la norma constitucional. Se da cuenta de que por ahí no va la cosa. Henry debió sentirse igual que el campesino frente al guardia en el cuento de Kafka, ante lo absoluto de un sistema que lo supera. Salvo que el campesino no contaba con el fajo de billetes que Henry le puso al guardia en la cara. Gracias a esto pudo explorar lugares en los que encuentra, a riesgo propio, los desaparecidos, pero no su desaparecida. Derrotado, sale de esas porciones territoriales (prisiones clandestinas) que se sitúan por fuera del orden jurídico, pero que no son tan remotas. Sobre todo, porque, como le explica el guardia, debe recurrir a los altos mandos, son los que mandan. Se enfrenta, una vez más, al cuerpo biopolítico que, dice Agamben, decide la aplicación del poder. El guardia es uno más debajo del coronel.



El coronel Matamoros quiere al hijo de Martina. Mejor: el coronel Matamoros decide sobre la vida de Martina y su hijo. La figura de Hitler, su poder sobre los campos de concentración, opera con los mismos servicios con que opera el coronel Matamoros sobre el lugar de reclusión de Martina. Agamben dice que la palabra del *Führer* es fuente inmediata y perfecta de la ley. Es en sí misma, en cuanto a voz, el cuerpo biopolítico. Es ley viviente, digamos, cuando Matamoros decide sobre la vida de la esposa y el hijo de Henry: decide cuándo salen y bajo qué condiciones. Lo que dice el coronel Matamoros se cumple, sin consideración alguna. Pero un infarto lo deja a mitad de camino, cuando ve, por fin, al hijo de Martina, el cual sería un regalo para su esposa infértil. Gracias a esta eventualidad, que es una triquiñuela que se le perdona a Miguel Torres, Martina es liberada.

## Coda del testimonio

Existe en la apestada Orán de la novela de Camus un juego narrativo. Hasta el final se nos revela, como por discreción, el que cuenta la historia, cuya tercera persona es tan fidedigna que nada debe envidarles a los cronistas de todos los tiempos. El protagonista, al final, resulta ser el narrador: desplaza su importancia bajo el amparo de la tercera persona para decirnos, sin tapujos, que toda vida vale. Esta decisión ética del médico Rieux sucede igual en La invención del pasado de Miguel Torres: es Ana Barbusse, amparada por la tercera persona, quien cuenta la novela, y hasta el final se nos revela que ella misma escribió la historia de su familia. Despersonalizar el drama de la violencia y la peste queda bien cuando se busca narrar hechos tan íntimos, que tangencialmente son tocados por algo que los supera: cuarentenas por miedo a la represión o al contagio.

Cabe preguntarse si el recurso camusiano funciona hoy día. En una entrevista, Humberto de la Calle, viejo nadaísta, ahora diplomático y siempre admirador de Gardel, respondió que el relato que hoy día necesita Colombia debe operar como una fábula hindú. En ella, se ponen cinco ciegos frente a un elefante y les piden, sin más, definirlo. Todos dicen cosas distintas y todos tienen razón, responde Humberto de la Calle. Hay un relato de la señora de Bojayá, otro del campesino del Tolima, otro del militante de las urbes, otro del colonizador del piedemonte llanero. Y todos tienen razón. El problema, ahora, es el relato que impone el accidentado trasegar del Estado colombia-

## PENSAR HISTORIA

no. El país hoy día se vuelca hacia los testimonios de lo ocurrido y debemos, claro, poner en consideración las recomendaciones de Gabo, las decisiones éticas y narrativas de Camus y Torres, pero sobre todo analizar las necesidades del país, que no son las mismas de los liberales comunes, de las cédulas escondidas para que no se voten por el partido contrario, del estado de sitio permanente, ni qué decir del narcotráfico atronador. Sentar en la misma mesa cada relato, enmendar los entuertos y aceptar nuestra ceguera.

